

1 Corintios 1:22-25

Sermón Cuaresma 3, 1994

1 Corinthians 1:22-25 ²²Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; ²³pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: para los judíos tropezadero, y para los gentiles locura. ²⁴Pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios. ²⁵Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. (RVA)

Una vez Jesús preguntó a sus discípulos quién decía la gente que él era. Las opiniones eran las más variadas. “Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; otros, uno de los profetas”. Al seguir, Jesús hizo la pregunta personal. Ya no trataba de lo que otros pensarían de Jesús, sino tenían que dar su propia evaluación. “Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Pedro le dijo: ¡Tú eres el Cristo!” A nosotros también se hace la pregunta. ¿Quién decimos que es Jesús? ¿Qué pensamos de Cristo? ¿Y qué hacemos con los acontecimientos sobresalientes de su vida, su muerte y resurrección? Las respuestas determinarán nuestro eterno destino. Así que queremos dirigirnos estas preguntas esta mañana al preguntar: *¿qué piensas de Cristo Crucificado?* ¿tropiezo y necesidad o poder y sabiduría de Dios?

Nuestro texto nos presenta dos respuestas al Cristo crucificado, una de rechazo, y otra de fe. Los que rechazan a Cristo crucificado pueden tener varios motivos, pero el resultado final es lo mismo. Pierden la eterna salvación. Nuestro texto comienza con los que rechazan a Cristo, judíos y griegos, para quienes Cristo crucificado es un tropiezo o una necesidad.

Nuestro texto dice que los judíos buscaban señales. En realidad, Cristo cumplió las señales profetizadas en el Antiguo Testamento. No es que nadie debería preguntar por señales. Dios mismo reveló las señales por las cuales la gente debería reconocer el Mesías. "Yo, Jehovah, te he llamado en justicia, y te asiré de la mano. Te guardaré y te pondré como pacto para el pueblo, y como luz para las naciones, a fin de que abras los ojos que están ciegos y saques de la cárcel a los presos, y de la prisión a los que moran en las tinieblas". A la pregunta de Juan, que se encontraba en la cárcel, Jesús dijo: “Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son hechos limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres se les anuncia el evangelio. 6Y bienaventurado es el que no toma ofensa en mí”.

Sin embargo, hubo algo mal en la incesante búsqueda de señales de parte de los judíos. Procedía de su hostilidad a su mensaje y su persona. Se nota por su reacción a los milagros de Jesús. Si sanaba, le criticaban por hacerlo en el sábado. Si echaba fuera demonios, lo atribuían al poder de Beelzebú, el príncipe de los demonios. Alimenta los cinco mil y “se acercaron los fariseos y los saduceos, y para probarle le pidieron que les mostrase una señal del cielo”. Para probarle. No era para encontrar la verdad. No era porque sus mentes y corazones estaban abiertas para que les pudiera convencer. Todo era para encontrar un pretexto por no aceptar la evidencia que estaba ante sus ojos y poder rechazar a Jesús y el camino que él ofrecía.

Buscaban otra clase de Mesías. Querían un rey que expulsaría a los romanos. Querían a un Mesías que les daría un premio por seguir todas las reglas de su tradición. y cuando vino Jesús proclamando el arrepentimiento, y siguiendo el camino a la cruz, no querían nada que ver ya con él.

Los griegos buscaban sabiduría. Tenían curiosidad para oír cualquier cosa nueva. Lo que especialmente destacaba entre los griegos era su vida intelectual. Casi se podría decir que la filosofía había nacido en Atenas. Aunque la edad de oro de la filosofía ateniense hace mucho que había pasado su apogeo, todavía había una viva curiosidad, pero solamente si la nueva opinión cuadraba con su razón, o lo que ellos llamaban sabiduría. Así oímos de los de Atenas cuando Pablo iba predicando a Cristo: “Y algunos de los filósofos epicúreos y estoicos disputaban con él. Unos decían: -- ¿Qué querrá decir este palabrero? Otros decían:-- Parece ser predicador de divinidades extranjeras. Pues les anunciaba las buenas nuevas de Jesús y la resurrección. Ellos le tomaron y le llevaron al Areópago diciendo: ¿Podemos saber qué es esta nueva doctrina de la cual hablas? Pues traes a nuestros oídos algunas cosas extrañas; por tanto, queremos saber qué significa esto”.

Sin embargo, tenía que concordar con su razón o lo rechazarían. Tan pronto que tocaba el tema de la resurrección de los muertos, ya no tenían tiempo para escucharlo, ya que según su filosofía la meta de la vida era ser libre de lo material, lo cual para ellos era esencialmente malo. “Cuando le oyeron mencionar la resurrección de los muertos, unos se burlaban, pero otros decían: -- Te oiremos acerca de esto en otra ocasión”.

Así no aceptaban el Evangelio del Cristo Crucificado. Solamente unos cuantos de Atenas se hicieron cristianos. Y esa reacción era típica de los sofisticados griegos.

Todavía la reacción de la mayoría sigue siendo la de los judíos y de los griegos. Algunos siguen buscando señales. No creerán por la Palabra que les retrata a Cristo crucificado como el Redentor de sus almas. Si no ven una sanación milagrosa, o si no aparece Cristo en persona para comunicar con ellos, no creerán. Otros buscan una organización poderosa en los asuntos del mundo para que realmente pueda hacer una diferencia visible en las estructuras sociales, y si no encuentran eso, sino solamente unos humildes predicadores de Cristo Crucificado, ni escucharán. Algunos encuentran contrario a su razón el método que Dios encontró para salvar a los hombres, y así, pensando valerse de su propia vida moral, de su buena conducta, no tienen tiempo para Cristo Crucificado como el exclusivo Salvador. Tal vez hasta tengan crucifijos en su iglesia, pero cuando el Cristo Crucificado quita toda su supuesta santidad y se presenta como el único santo que santifica a pecadores, ya no quieren oír más. Y todavía hay los que son demasiado inteligentes y sabios para creer que un hombre podría ser Dios, y que su muerte quite todas las transgresiones del hombre. Algunos se sientan en sus cátedras universitarias burlándose de la verdad de la Biblia, otros sencillamente consideran opinión humana cualquier cosa de la Biblia que no esté de acuerdo con sus prejuicios.

Lo triste es que el resultado es igual también como era para los que rechazaban en los días cuando Pablo escribió las palabras de nuestro texto. Todavía se les puede describir como lo hizo Pablo, como “Los que se pierden”. No importa la razón o el pretexto, “El que no cree será condenado”.

Pero esa condenación no es la única posibilidad, porque puede haber otra reacción a Jesús y su mensaje. Algunos lo reconocieron como el poder y la sabiduría de Dios. Estos creían el evangelio y veían de manera muy diferente al Cristo Crucificado. Lejos de rechazar este mensaje como un tropiezo o como necedad, vieron a Cristo Crucificado como el poder y la sabiduría de Dios. A ellos Pablo les llama “los llamados”.

No es como si ellos por naturaleza sean diferentes de los demás que se pierden. Su mente natural también es enemistad contra Dios, y por naturaleza no discernen las cosas que son del Espíritu de Dios. Aun los discípulos de Jesús no tenían ninguna

ventaja en cuanto a su mente natural. Así el mismo Pedro que dio tan buena confesión acerca de quién era Jesús, cuando Jesús le proclamó el camino de la cruz, valiéndose de su propia razón rechazó toda idea de eso: “Señor, ten compasión de ti mismo. ¡Jamás te suceda esto!” Así obtuvo de Jesús la siguiente reprensión: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”.

Sin embargo, el Espíritu Santo les ha llamado por el Evangelio. Al oír las reprensiones de la Ley, se convencieron de su pecado y su estado perdido. Luego el Espíritu Santo les permitió oír que Cristo, en la cruz, había llevado la carga de todo su pecado, así librándoles de su culpa y condenación. Y aunque ningún hombre puede recibir este mensaje con su propia razón entenebrecida, el Espíritu Santo les iluminó por medio del evangelio. Quebrantó la resistencia y les dio la fe, la confianza de que este Cristo que colgó en la cruz realmente es su Salvador y Redentor, que allí realmente ha quitado su culpa y condenación y les ha hecho hijos de Dios. Han llegado a entender que ningún esfuerzo humano, ninguna obra buena, ningún sacrificio humano podría haber logrado lo que Cristo logró en la cruz, la salvación de los pecadores.

Así reconocen ahora que Cristo Crucificado es en verdad el poder y la sabiduría de Dios. La misma cosa que Dios hizo que los hombres en su sabiduría han llamado cosa de debilidad —y ¿no dice nuestra razón lo mismo?, que someterse a la muerte es la cima de la impotencia —en esto mismo Dios demostró su mayor fuerza, derrotando a Satanás, la muerte, el pecado, el infierno, todos los grandes enemigos de la humanidad. Así Dios logró con ese acto de debilidad lo que ningún hombre con toda su fuerza podía lograr, la salvación de los pecadores. Y lo que los hombres llamaban una cosa necia, la muerte de Cristo en la cruz, realmente es más sabio que cualquier camino de salvación inventado por los hombres.

Otros pueden rechazar. Pueden llamar el evangelio ofensivo o necio, pero nosotros, Dios mediante, seguiremos proclamando a Cristo Crucificado. Vemos en él el poder y la sabiduría de Dios. Y Ud., querido oyente, esperamos que también vea así a Cristo Crucificado. No busque más en sus propios esfuerzos, no consulte más con su propia razón y sabiduría. En Cristo Crucificado, Ud. tiene un seguro Salvador. Amén.

